



FAMIPED

Familias, Pediatras y Adolescentes en la Red. Mejores padres, mejores hijos.

Mi adolescencia

Autor/es: Oihana Sancho de Aranzábal.

[Volumen 4. Nº 3. Septiembre 2011](#) ^[1]

Tal vez aún no haya dado el salto definitivo al mundo adulto (o aún no he querido darlo, más bien...) pero mi cabecita ha cambiado muchísimo a lo largo de los últimos años...

Hay veces que echo la vista atrás y me pregunto cuándo empecé a cambiar, qué día, qué año, y nunca he sabido decirlo con exactitud, pero lo que sí sé es que llegó un momento en el que, poco a poco, se empezaron a resquebrajar mis esquemas; empecé a darme cuenta de lo complicadísimas que son las relaciones humanas, de la infinita cantidad de personalidades que existen y de la dificultad que esto supone a la hora de mantener a flote cualquier relación.

Me di cuenta de que todos tenemos infinidad de complejos que nos sugestionan e impregnan cada parte de nuestra vida y de nuestras decisiones. También, comencé a ser consciente de lo que soy yo para con el mundo y, en el momento en el que me topé con la idea de que tan sólo soy una persona más, como cualquier otra, sin prácticamente nada que me diferencie de los demás, me sentí pequeña, muy pequeña, casi inexistente.

Tuve una época (creo que fue hacia los 14 años) en la que, dentro de mí, todo cambió; por fuera estaba más callada de lo normal pero, a nivel más íntimo, pensé muchísimo sobre quién era yo, qué hacía en este mundo... Por ejemplo, me asombraba el hecho de que yo existiera como fruto del azar, simplemente porque, por coincidencias de la vida, mi padre desde Sevilla y mi madre desde Vitoria, hubiesen elegido los dos estudiar en Madrid, donde se conocieron y enamoraron...y, por esto, surgí yo. Me chocó tanto la arbitrariedad de las cosas, de los hechos...También me he preguntado miles de veces por qué yo soy yo, aquí en Vitoria, en este año, mujer, y no por ejemplo un senegalés muerto de hambre que tiene que trabajar 23 horas al día para recibir un sueldo mísero...

Una cosa que sí tengo clara es que, el verano del año en el que cumplí los 12 años, maduré de golpe. En pocos meses, se divorciaron mis padres, murió mi querido abuelo (Aitatxi), me vino la menstruación y me mudé a Vitoria. Me vi con la vida real, el dolor y los problemas cara a cara, y esto me hizo madurar muy de golpe (quizás demasiado rápido).

Yo creo que la adolescencia de verdad comienza en el momento en el que te das cuenta de que tus padres (como humanos que son) se equivocan, tienen fallos, meten la pata y pueden llegar a hacerse mucho daño entre ellos y a ti también.

Y tú estás ahí, en medio, en el cráter del volcán, sin saber muy bien qué hacer...

El divorcio de mis padres me dolió mucho, muchísimo, y yo creo que me cambió para siempre.

Me molesta el hecho de que se trivialicen tanto estos asuntos hoy en día, los divorcios, las separaciones... "qué más da; si le pasa a todo el mundo..." porque está claro que es duro para los padres, pero también lo es para los hijos. Pierdes la confianza, te planteas la existencia del amor, y lo que tú creías que era para siempre se convierte en algo perecedero, con fecha de caducidad.

La adolescencia también me quitó toda la confianza en mí misma, la seguridad; me enseñó lo fácil que es equivocarse... Comencé a tener muchos miedos y a darle importancia a lo que los demás pensaban de mí...

Después me enamoré, y eso me cambió también por completo. Empecé a ver las cosas desde otra perspectiva; se me abrió el campo de visión y, en general, la vida me pareció muchísimo más profunda. La relación que he tenido con esta persona ha sido intensa, desde el primer día hasta hoy. Siempre hemos sido como una montaña rusa emocional, una combinación de momentos preciosos en los que me he sentido la persona más feliz del mundo y otros en los que me ha hecho llorar como pocas personas lo han conseguido. Tras muchos intentos de sacar adelante una relación estable (a veces los esfuerzos eran más míos que suyos), he llegado a la conclusión de que hay veces que no basta con quererse. Crecí el día en el que deduje que no es suficiente quererse mucho, que hace falta mucho más que eso, para durar para siempre.

Pero lo que de verdad me ha cambiado (creo que definitivamente) ha sido la experiencia que he tenido este verano en África. Me di cuenta de lo decepcionante que es el mundo y lo terrible que es la situación de pobreza en la que viven miles de persona. Me desesperó ver lo fácil que sería solventarlo si todos hiciéramos algo. Vi a niños con la tripa hinchada, moscas en las heridas y la ropa raída, y eso me transformó. Al volver, estuve una temporada sin hablar y pensé mucho. Tal vez soy demasiado joven para haber vivido aquella experiencia que viví en verano, pero me ha servido para abrir mis horizontes, cambiar mis prioridades y decidir que quiero dedicar parte de mi vida a mejorar, de alguna manera, el mundo en el que he nacido. Un mundo cruel y duro, pero que, indefectiblemente, es el mío.

Volviendo al tema. Cuando crecí, me di cuenta de que todos mis actos tienen consecuencias. Ya no tomaría nunca decisiones que no acarrearán un mínimo de responsabilidad. Y aceptar que nunca más podré actuar sin pensar, ya que soy totalmente responsable de mis actos.

Esto me supone un peso enorme, y sobre todo ahora que empiezan las verdaderas decisiones que cambiarán, o no, mi vida para siempre. Estoy viviendo, ahora mismo, uno de los momentos más importantes de mi vida: el cambio definitivo, el salto de la infancia a la edad adulta y, sinceramente, estoy muerta de miedo. Pero, a la vez, me hace sentir libre e independiente. Crecer y todo lo que ello supone, ha sido para mí un arma de doble filo.

Ahora mismo, ya no sé si soy niña, mujer, adolescente o adulta...creo que en el fondo no soy más que un proyecto de mujer, que espera dar lo mejor de sí misma y confía en la vida y en el futuro,

Y sólo quiere ser feliz, como todos.